

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA
Comisión Episcopal para el Clero
Jornadas Nacionales de Delegados y Vicarios Episcopales para el clero
Madrid, 28 de mayo de 2018

✠ Jorge Carlos Patrón Wong
Arzobispo Secretario para los Seminarios
Congregación para el Clero

La formación permanente de los sacerdotes según la *Ratio*
Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis

Ante todo, agradezco a S.E. Mons. Rafael Zornoza Boy, Obispo de Cádiz y Ceuta y Presidente de la Comisión Episcopal para el Clero, a S.E. Mons. Bernardo Álvarez Alfonso, Obispo de Tenerife, a S.E. Mons. Francisco Cerro Chávez, Obispo de Coria-Cáceres, a S.E. Mons. Gerardo Melgar Viciosa, Obispo de Ciudad Real y a S.E. Mons. Santos Montoya Torres, Obispo Auxiliar de Madrid, la amable invitación a acompañaros en esta apertura a las Jornadas Nacionales, con vosotros, queridos Delegados y Vicarios Episcopales para el clero, de las diferentes diócesis de España. El Cardenal Stella, Prefecto de la Congregación para el Clero, S.E. Mons. Joël Mercier, Secretario de la misma, y los sacerdotes que allí colaboran os envían un fraterno saludo y nos acompañan con su oración para que estas Jornadas sean una bendición para el clero y para la Iglesia en esta bendita tierra.

Cuando el Papa Francisco visitó nuestro Dicasterio, el 22 de mayo de 2015, nos recordó una de las directrices del Concilio Vaticano II, acerca de la renovación de la Iglesia (cfr. LG 8), afirmando que para reformar la Iglesia se debe comenzar por la **renovación de los sacerdotes**. Si queremos renovar la Iglesia española, tenemos que comenzar, entonces, por renovar el corazón de los sacerdotes. Ustedes, como Delegados y Vicarios Episcopales para el clero, han

recibido una hermosa misión: acompañar a sus hermanos sacerdotes, para que todos juntos, renovemos la Iglesia y la sociedad, comenzando por el corazón de cada uno de nosotros.

Mi deseo para ustedes, que diariamente se desgastan por sus hermanos sacerdotes, es que aprovechen estos dos días, recobrando nuevas fuerzas, enriqueciéndose a través del diálogo, la escucha, la comunión y la fraternidad favorecidas en los diferentes momentos de estas jornadas, de modo que al finalizar el encuentro regresen a sus diócesis animados, por el Espíritu de Dios, a seguir sirviendo generosamente en esta tarea que Dios, a través de la Iglesia, les ha encomendado.

Podría sintetizar en dos palabras el servicio que la Congregación para el Clero en este momento está ofreciendo a la Iglesia. Las dos palabras son: formación sacerdotal. Dicha formación que no consiste solo en los 7 o 10 años de Seminario, sino que se trata de un proceso que ha comenzado antes de éste y que luego continúa para siempre. Ese “antes” es la formación recibida en el hogar, la parroquia, la pastoral vocacional, el Seminario menor; y la continuación es la formación permanente de la cual ustedes generosamente se ocupan en cada una de sus diócesis. Por eso a la fase formativa que se vive en el Seminario, se le llama “inicial”. Así se entiende que en el momento de la ordenación sacerdotal apenas ha terminado el inicio.

“La formación de la que hablamos es una experiencia de discipulado permanente, que acerca a Cristo y permite identificarse cada vez más a Él. Por ello la formación no tiene un final, porque los sacerdotes nunca dejan de ser discípulos de Jesús, de seguirlo. Así, pues, la formación en cuanto discipulado acompaña toda la vida del ministro ordenado y se refiere integralmente a su persona y a su ministerio. La formación inicial y la permanente son dos momentos de una sola realidad: el camino del discípulo presbítero, enamorado de su Señor y constantemente en su seguimiento” (Papa Francisco, Carta a los participantes en la Asamblea General Extraordinaria de la Conferencia Episcopal Italiana, 8 de noviembre de 2014).

Si el seminarista toma conciencia de esta realidad y, si al dejar el Seminario para entrar a formar parte del presbiterio está “capacitado” para seguirse formando, creo que el objetivo del Seminario se ha logrado en gran parte. Al afirmar que esté capacitado para seguirse formando, no indica solamente que entienda este desafío sino que realmente lo asuma, lo viva, es decir, que su

estructura como persona, le permita seguir creciendo, seguir aprendiendo y desaprendiendo. Una cosa es cambiar y otra querer cambiar, a veces no se puede cambiar aquello que se quiere. La Iglesia debe formar pastores que quieran y realmente puedan cambiar, es decir, que siendo dóciles a la acción del Espíritu Santo, el Padre pueda seguir plasmando en el corazón de cada sacerdote el corazón de su Hijo.

Al respecto la RFIS dice: *“La formación permanente representa una necesidad imprescindible en la vida y en el ejercicio del ministerio de cada presbítero; en efecto, la actitud interior del sacerdote debe caracterizarse por una disponibilidad permanente a la voluntad de Dios, siguiendo el ejemplo de Cristo. Tal disponibilidad implica una continua conversión del corazón, la capacidad de leer la vida y los acontecimientos a la luz de la fe y, sobre todo, la caridad pastoral, para la entrega total de sí a la Iglesia según el designio de Dios”* (RFIS, 56).

En este saludo introductorio, quisiera dejarme iluminar por el texto bíblico de la segunda carta de San Pablo a Timoteo, capítulo 1, del versículo 6 al 8. La *Pastores Dabo Vobis*, en el capítulo VI, dedicado a la formación permanente de los sacerdotes, se inspira en esta carta pastoral: *“Te recomiendo que reavives el carisma de Dios que está en ti”* (2 Tim 1, 6). En estas Jornadas los invito a que también nos dejemos inspirar por esta invitación. Pablo le habla a Timoteo. Timoteo fue un discípulo suyo, en el momento en que le escribe aún es un pastor joven, había crecido en una familia con una fe sincera (la de la abuela Loida y la madre Eunice), había vivido los primeros años de su ministerio al lado de Pablo, ahora, como obispo, está lejos de su maestro, presidiendo solo a una comunidad. El Timoteo de aquel entonces podría ser también una comunidad de cristianos que había recibido el Evangelio. El Timoteo de hoy somos cada uno de nosotros, responsables de la formación permanente, propia y de la de nuestros hermanos sacerdotes.

El nombre Timoteo, que viene del griego *“timáo-theós”* significa: “Aquel que siente amor o adoración a Dios”. Pidámosle al Espíritu Santo que siga llenando nuestro corazón y nuestro ministerio pastoral del **amor del Buen pastor**, es decir, de un amor que se traduce en cercanía, ternura y misericordia hacia nuestro pueblo. Nuestra gente, hoy más que nunca, necesita de ese amor del buen Pastor, para saber consolar, acompañar, animar y orientar a la juventud, a las familias, a los ancianos, a quienes han perdido el sentido de su vida, a quienes se sienten marginados, es decir, a cada hombre y a cada mujer que espera

una palabra de luz y de consuelo. Este es un reto grande, pero confiémosle a Dios lo que somos y tenemos, nuestros proyectos, nuestras fuerzas y aun nuestras fragilidades, miedos, frustraciones, a fin de que Él pueda seguir configurándonos según el corazón del Buen Pastor: *“El día de la ordenación, sacerdotal o episcopal, el pastor es ungido con aceite y el verdadero aceite, el interno, es el aceite de la cercanía y la ternura. Al pastor que no es cercano algo le falta: tal vez sea el propietario del campo, pero no el pastor. Porque a un pastor que le falta la ternura será un rígido, golpeará a las ovejas”* (Papa Francisco, Homilía en Casa Santa Marta, 30 de enero de 2018).

Pablo invita a Timoteo a **reavivar la gracia recibida**. Seguramente, Timoteo en su servicio como Obispo de esa comunidad está agotado, desgastado, cansado, desaminado, apagado; por eso le recomienda reavivarse, renovarse, mantenerse vivo, no dejar apagar el fuego, ese fuego del amor divino, del primer amor, de los ardores de los primeros años. Esto que le pudo haber pasado a Timoteo, también hoy le puede estar pasando a nuestras comunidades cristianas y a nuestro propio ministerio sacerdotal.

En el apostolado de cada día nos desgastamos. Podemos sentirnos desmotivados ante una sociedad que cada vez se descristianiza más y más, o cuando nuestras propuestas pastorales no son acogidas, o cuando a pesar de tantos esfuerzos no vemos resultados, entonces, además de desgaste y desmotivación, se puede experimentar la frustración, las ganas de tirar la toalla. Hoy nos haría mucho bien volver a escuchar esta palabra, “reaviva la gracia de Dios que hay en ti”, ese ardor juvenil de los primeros años de ministerio, no lo dejes apagar, no dejes enfriar tu corazón, pues también nos podría pasar como a la comunidad cristiana de Laodicea, que no era ni fría ni caliente, sino tibia. Y la tibieza y la mediocridad fácilmente puedan entrar en el corazón del sacerdote. Por eso, *“¡Reanima tu fervor y arrepiéntete! Yo corrijo y comprendo a los que amo”* (Ap 3, 19).

Abrámosle a Dios nuestro corazón para que lo renueve, lo purifique, lo convierta. Que las palabras de Ezequiel se hagan vida en cada uno de nosotros: *“Les daré un corazón nuevo y pondré en ustedes un espíritu nuevo: les arrancaré de su cuerpo el corazón de piedra y les daré un corazón de carne”* (Ez 36, 26). El Padre Dios quiere plasmar en el corazón de cada uno de sus sacerdotes, el mismo corazón de su Hijo Jesucristo: *“Les daré pastores según mi corazón”* (Jr 3, 15). Permitirle al Padre que pueda actuar en nuestras vidas, eso es formación permanente. Es Dios quien nos forma y nos transforma, y somos nosotros quienes

cada día nos hacemos más disponibles para que Dios pueda llevar a cabo sus planes en nuestras vidas, de tal manera que la gracia que nos regaló a través de la imposición de manos del obispo, el día de la ordenación, se renueve continuamente. El seminario nos preparó para ese día de la ordenación y es la formación permanente la que cada día nos va configurando constantemente con el corazón del Buen Pastor.

No echemos en saco roto las gracias divinas que continuamente Dios nos ofrece (cfr. 2 Cor 6, 1). Él quiere transformarnos y nuestra tarea consiste en dejarnos transformar. La formación permanente ayuda a ver qué áreas de nuestra persona son resistentes e impermeables a la acción de Dios en nuestras vidas. La formación permanente supone identificar eso que no hemos podido cambiar, eso que se ha paralizado en nuestra vida y que no nos deja crecer, esas rigideces que nos hacen inflexibles y endurecen el corazón.

Esta carta a Timoteo sigue diciendo: “*Dios no nos ha dado un espíritu de cobardía, sino de fortaleza, de amor y dominio de sí*” (2 Tim 1, 7). La Iglesia no necesita sacerdotes cobardes, sino valientes, intrépidos, capaces de arriesgarlo todo, sin miedo a aventurarse a nuevos caminos.

Cada uno de nosotros podríamos preguntarnos: cuáles son los miedos que me bloquean en mi ministerio; miedo al rechazo, a no ser escuchado, hacer el ridículo por hablar de Dios a una sociedad descreída, miedo a la cruz, miedo a las propias fragilidades, miedo al martirio. “No tengan miedo” es la constante invitación de Dios.

Por ejemplo, recordemos a Jeremías cuando Dios le dice, “*No temas delante de ellos, porque yo estoy contigo para librarte*” (Jr 1, 8). O cuando le dice a Ezequiel: “*En cuanto a ti, hijo de hombre, no les temas ni tengas miedo de lo que digan, porque estás entre cardos y espinas, y sentado sobre escorpiones; no tengas miedo de lo que digan ni te acobardes delante de ellos, porque son un pueblo rebelde*” (Ez 2, 6).

Dios es claro cuando asigna una misión. No nos ilusiona con falsas expectativas. Nos advierte que la misión es exigente: “*El que quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga*” (Mt 16, 24); pero al mismo tiempo nos consuela con su presencia y nos dice que será Él quien nos dé la fuerza para cumplirla: “*Cuando los entreguen, no se preocupen de cómo van a hablar o qué van a decir: lo que deban decir se les dará a conocer en ese*

momento, porque no serán ustedes los que hablarán, sino que el Espíritu de su Padre hablará en ustedes” (Mt 10, 19-20).

Pablo ha experimentado esta fuerza y comprendió la voz del Señor que le decía: *“Te basta mi gracia, porque mi poder se manifiesta en la debilidad”* (2 Cor 12, 9). En el apóstol Pedro y en los demás apóstoles también vemos esta fortaleza que han recibido, ya que, después de estar encerrados con las puertas cerradas por miedo a los judíos, salen con entusiasmo a predicar, y al ser castigados por el nombre de Cristo, sienten el gozo de padecer por Cristo. Esa fuerza no es solo humana, es sobre todo divina, los apóstoles han sido dóciles a dejar actuar en ellos el don recibido.

La valentía de los Apóstoles no fue un don recibido de una vez por todas, sino que cada día la renovaban, no dejaban apagar el fuego, hasta el último día. Imaginémosnos, por ejemplo, a Pedro huyendo de Roma, recorriendo la *Via Appia Antica*. Durante el camino, según la tradición, tiene la visión del Maestro que le sale al encuentro, caminando hacia Roma y Pedro le pregunta *¿Señor, a dónde vas? (Domine, quo vadis)*. “Voy a Roma a ser crucificado nuevamente”, le responde Jesús. En esta escena vemos cómo Pedro una vez más es corregido por su Maestro y con un corazón que se deja formar, comprende que debe regresar a Roma para entregarse.

La formación permanente, precisamente por el adjetivo “permanente” nunca se acaba, hasta la muerte tenemos la oportunidad de formarnos. El día que nos creamos acabados, formados, que ya nada necesita ser cambiado, ese día, se apagará el fuego del don recibido y en vez de formarnos, comenzaremos a deformarnos.

Continuando con nuestro texto, Pablo le dice a Timoteo: *“Con la fuerza que proviene de Dios comparto conmigo el sufrimiento por el Evangelio”* (2 Tim 1, 8). Pablo se encuentra en la cárcel, preso por causa del Evangelio. En medio de sus cadenas, no se apaga el fuego de su celo apostólico y continúa evangelizando desde la prisión. Timoteo no está en la cárcel, pero seguramente sí ha tenido que afrontar más de un problema a causa de Jesús. Así como Pablo anima a su amado hijo Timoteo, nosotros como Delegados y Vicarios Episcopales del clero, también estamos llamados a animar a nuestros hermanos sacerdotes en medio de sus luchas y dificultades, sean de índole pastoral, personal, familiar, social, etc. Hoy ser cristiano no es fácil. Ser un sacerdote mundano, acomodado, no cuesta; pero ser pastores según el corazón de Dios es un reto. Hay que ir contracorriente,

primero contra nosotros mismos, contra nuestro yo que quiere lo fácil y lo tangible, rápidamente, que no cueste, que busca ser reconocido, tenido en cuenta, etc.; y después contra algunos aspectos de la misma sociedad, que nos lleva al consumismo, banalidad, superficialidad, etc. Para vivir el Evangelio a veces tenemos que luchar contra nuestros propios caprichos o deseos que nos llevan en sentido contrario a la vocación recibida. ¿Qué caprichos o deseos me mueven en sentido opuesto a lo que Jesús espera de mí?

La Ratio, en el n. 81, enumera algunos desafíos personales y sociales que debe enfrentar el sacerdote: la experiencia de la propia debilidad, el riesgo de sentirnos funcionarios de lo sagrado, los desafíos de la cultura contemporánea, la atracción del poder y la riqueza, el desafío del celibato, la entrega total hasta el martirio. Estar en camino, en lucha, en crecimiento continuo, eso es formación permanente.

Comparte conmigo. Cuando luchamos solos podemos cansarnos más rápido y ser vencidos. Cuando se comparten las cargas, el peso se hace más ligero y se puede avanzar con menos dificultad. Si queremos ser fieles a nuestro ministerio, que es el objetivo de la formación permanente, necesitamos del otro, del hermano sacerdote, de la comunidad. Cuando uno se encierra en sus propios problemas, es un signo negativo que no lo llevará a buen fin. Necesitamos del hermano y el hermano necesita de nosotros. Ayudemos y dejémonos ayudar. Dos medios que no pueden faltar en la formación permanente son la *fraternidad* y el *acompañamiento*.

Uno de los problemas más grandes del clero secular es la soledad y el individualismo. Esta enfermedad encuentra en la misión y en la fraternidad sacerdotal dos de las mejores medicinas. El n. 88 de la Ratio destaca, entre las modalidades que dan forma concreta a la fraternidad sacramental, las siguientes:

Encuentro fraterno: algunos sacerdotes organizan encuentros fraternos para orar, acaso leyendo comunitariamente la Palabra de Dios, en alguna forma de Lectio Divina, profundizar algún tema teológico o pastoral, compartir los deberes del ministerio, ayudarse o simplemente pasar el tiempo juntos. En sus diversas formas, estos encuentros constituyen la expresión más simple y difundida de la fraternidad sacerdotal. En todo caso, es muy recomendable promoverlos.

Ejercicios espirituales: tienen una importancia fundamental para la vida del sacerdote, ya que conducen al encuentro personal con el Señor en el silencio y el

recogimiento, constituyen un tiempo privilegiado de discernimiento personal y apostólico, útil para una revisión progresiva y profunda de la vida; organizados comunitariamente favorecen entre los presbíteros una participación más amplia y refuerzan la comunión fraterna.

Mesa común: compartiendo las comidas, los presbíteros aprenden a conocerse, escucharse y apreciarse entre sí, gozando también de la oportunidad de un provechoso y amistoso intercambio.

Vida común: sea por iniciativa personal, por necesidad pastoral, por costumbre o por disposiciones a nivel local, algunos presbíteros realizan una vida común. El hecho de vivir juntos se convierte en verdadera “vida común” mediante la oración comunitaria, la meditación de la Palabra de Dios y otras ocasiones para la formación permanente; además, la vida común facilita un intercambio y una confrontación en torno a los respectivos deberes pastorales. La vida común ayuda también a sostener el equilibrio afectivo y espiritual de quienes participan en ella.

Asociaciones sacerdotales: son útiles cuando tienden fundamentalmente a favorecer la unidad de los presbíteros entre sí, con el resto del presbiterio y con el Obispo y no aíslan a los sacerdotes en grupos alejados afectiva y efectivamente de la Diócesis.

Dirección espiritual y confesión: la fraternidad sacramental se transforma en una valiosa ayuda cuando toma la forma de la dirección espiritual y de la confesión. Particularmente en los momentos de dificultad, los presbíteros pueden encontrar en el Director espiritual un hermano, que les ayude a hacer el discernimiento sobre las causas de sus problemas y a poner en práctica los medios adecuados para afrontarlos.

En muchas ocasiones, los sacerdotes consideramos estos medios como un estorbo o una pérdida de tiempo, en vez de considerarlos como instrumentos para nuestro propio crecimiento y ayuda a los hermanos.

El **acompañamiento** es otro de los medios concretos para hacer de la formación sacerdotal un camino serio, real, personalizado y profundo. “*El acompañamiento debe estar presente desde el inicio del proceso formativo y debe continuar durante toda la vida, aunque tenga diversas modalidades después de la ordenación*” (RFIS, 48). El Santo Padre, dirigiéndose a los seminaristas y sacerdotes presentes en Roma, el 16 de marzo de 2018, les decía que los pecados

son para confesarlos y pedir perdón, pero que esto no basta; también es necesario entrar en contacto con los límites, las tendencias, los problemas que llevan al pecado, las enfermedades espirituales, dialogarlas, discernirlas, confrontarlas, delante de un hombre sabio, de un director espiritual. El sacerdote no puede vivir solo, sin un compañero de camino que lo ayude a confrontarse, discernir, dialogar.

Un mes antes, el 15 de febrero de 2018, en un encuentro del Papa con los párrocos de Roma, decía a los sacerdotes de edad intermedia que, ante el ardor juvenil que tiende a desaparecer, las motivaciones, energías y fuerzas de los primeros años que ya no están presentes, busquen inmediatamente un hombre prudente, un hombre de discernimiento, un sabio que los acompañe, que no caminen solos, porque en esta edad es muy peligroso y muchos casos han terminado mal, busquen ayuda inmediata.

Estas recomendaciones, que se parecen a aquellas que da un abuelo a sus hijos y a sus nietos, son las mismas recomendaciones que siempre ha hecho la Iglesia a los sacerdotes. San Carlos Borromeo, por ejemplo decía: “No olvides por eso el **cuidado de ti mismo**, y no te entregues a los demás hasta el punto de que no quede nada tuyo para ti mismo. Debes tener ciertamente presente a las almas, de las que eres pastor, pero sin olvidarte de ti mismo. Si administras los sacramentos, hermano, medita lo que haces. Si celebras la Misa, medita lo que ofreces. Si recitas los salmos en el coro, medita a quién y de qué cosa hablas. Si guías a las almas, medita con qué sangre han sido lavadas; si así lo hacemos, tendremos la fuerza para engendrar a Cristo en nosotros y en los demás» (San Carlos Borromeo, citado en PDV, 72).

Pablo VI, refiriéndose al acompañamiento personal, a través de la **dirección espiritual** afirmaba: “tiene una función hermosísima y, podría decirse indispensable, ésta conserva siempre una importancia beneficiosa **en todas las edades** de la vida, cuando, junto a la luz y a la caridad de un consejo piadoso y prudente, se busca la revisión de la propia rectitud y el aliento para el cumplimiento generoso de los propios deberes. Es medio pedagógico muy **delicado**, pero de **grandísimo valor**; es arte pedagógico y psicológico de grave **responsabilidad** en quien la ejerce; es ejercicio espiritual de **humildad** y de **confianza** en quien la recibe” (*Beato Pablo VI*).

La Ratio insiste en el acompañamiento durante la formación permanente (cfr. n. 83, 84, 88). Por tanto, una de las prioridades de la formación permanente

es preparar sacerdotes disponibles y competentes que puedan ofrecer este servicio a sus hermanos sacerdotes.

La formación permanente representa una necesidad imprescindible en la vida y en el ejercicio del ministerio de cada presbítero. En efecto, la actitud interior del sacerdote debe caracterizarse por una disponibilidad permanente a la voluntad de Dios, siguiendo el ejemplo de Cristo. Tal disponibilidad implica una continua conversión del corazón, la capacidad de leer la vida y los acontecimientos a la luz de la fe y, sobre todo, la caridad pastoral, para la entrega total de sí a la Iglesia según el designio de Dios (cf. n. 56).

Deseo que el servicio que ustedes ofrecen a sus hermanos sacerdotes se fundamente en una disposición interior, arraigada en una intensa experiencia espiritual y orientada por un constante discernimiento, que les permita aprender de la vida y de las diversas circunstancias, y reconocer en ellas la acción providencial de Dios en el propio proceso cristiano y sacerdotal (cfr. RFIS, 152).

✠ Jorge Carlos Patrón Wong
Arzobispo Secretario para los Seminarios
Congregación para el Clero